

Teatro

Mejor Rigola que Woody Allen

'MARIDOS Y MUJERES'

Autor: Woody Allen./ Versión y dirección: Álex Rigola./ Espacio Escénico: Max Glaenzel./ Reparto: Luis Bermejo, Israel Elejalde, Miranda Gas, Elisabet Gelabert, Alberto Jiménez y Nuria Mencía. / Escenario: La Abadía.
Calificación: ★★★★★

JAVIER VILLÁN / Madrid

Esta es una crítica muy personalísima y subjetiva. Quizá todas las críticas sean personales y subjetivas; pero esta lo es más. Confesión de parte: no puede irse a una sala con apriorismos, porque en ocasiones ocurre que la realidad desmiente el juicio previo que la fantasía nos había iluminado. Mis entusiasmos por Woody Allen son relativos y, por lo tanto, perfectamente descriptibles; juicio que puede ser aplicado a *Maridos y mujeres*. Por lo tanto, de esta función me gusta todo, menos las pajas mentales de Woody y sus mujeres. En resumidas cuentas, me gusta más Alex Rigola que Allen. Es un gozo descubrir que Rigola tiene igual talento para la comedia que para sus excesos, a menudo truculentos. El reparto no admite discusión y es antídoto contra las depresiones.

Nunca he entendido esas cuestiones sexuales y maritales, acaso porque profeso un primitivismo emocional que jamás me he molestado en dilucidar. Amo la vida a tope, claro. Pero los rifirrafes de pareja, como materia de teatro o de

cine, me parecen un coñazo. Rompí con Ingmar Bergman, del que fui auténtico fanático, cuando empezó a meterse en laberintos freudianos sobre las relaciones de pareja.

Aunque no se lo crean estoy más cerca del «vale» de la insuperable Miranda Gas (Rain), cuando un inmenso Luis Burgos –el Alex maduro, su profesor– le plantea la ruptura; sin dramas Rain dice: «vale». Atención a esta chica que viene fuerte. Lo de aquí no vale ni para Elejalde (José Luis), una lección de actor cada vez más cerca de la perfección, ni para Burgos (Alex) cuya capacidad camaleónica canibaliza la función en los momentos claves; ni para el sobrio y hondo Alberto Jiménez (Carlos). Los hombres nunca maduran; las jovencitas nacen ya en sazón.

Lo que fascina de *Maridos y mujeres* no son las peripecias conyugales, sino el cuadro interpretativo. Y la inteligente capacidad de Rigola para manejar los tiempos y el espacio: el cruce de varios personajes que se escrutan, se interrogan y observan obsesivamente en los límites nebulosos de la realidad y la neurosis; entre el recuerdo añorante, el fracaso perenne y los éxitos transitorios. Si Allen y los hombres de *Maridos y mujeres* conocieran un verso de Campoamor –«las hijas de las madres que amé tanto/ me besan ya como se besa a un santo»– no pasarían estas cosas. Lo dicho: mejor Rigola que el genial Woody Allen.